mano. Su poderosa acción se extendió á todas partes. Protegió las costas contra los ataques de los piratas; implantó la industria de la fabricación de tejidos de lienzo del Norte; fomentó la industria y el comercio; aplacó el orgullo de los poderosos, y la Iglesia recuperó lo que manos criminales le habían arrebatado. Pero para conseguir sus fines usó de todos los medios que tenía á mano, hirieran ó no los sentimientos religiosos, faltaran á las leyes ó á las promesas más categóricas. Necesitaba un ejército permanente y un tesoro lleno. Un Parlamento que nadie podía considerar como representación de Irlanda fué tan trabajado con promesas y amenazas, que por fin acordó todo lo que él deseaba. Determinó apoderarse de gran extensión de terrenos en Connaught en nombre de a Corona para entregarlos á colonos ingleses, y como un jurado tomara la defensa de los derechos de los propietarios, fué puesto en acusación á causa de su veredicto, y se le castigó; y si se encontraba con un empleado rebelde, lo sujetaba en seguida á un consejo de guerra, al que obligaba á condenarle á muerte, si bien es verdad que no hacía ejecutar la sentencia.

El objetivo de su sistema de gobernar lo exponía claramente en su correspondencia con Laud. Sabía sólo dos maneras de gobernar el mundo, «recompensa y castigo,» y únicamente reconocía dos clases de hombres: los que se dejaban comprar y aquellos á quienes debía amordazarse porque no eran venales. Lo que había conseguido en Irlanda creía que era posible también en Inglaterra. Temblar ante el nombre de Eliot ó por las palabras de Prynne le parecía la mayor «locura.» El Parlamento no le atemorizaba en lo más pequeño, pues que la experiencia adquirida en Irlanda le había enseñado la manera de hacer suyo el Parlamento. Ante todo le parecía imprescindible que el rey se creara en Inglaterra un poder militar permanente como él tenía á su disposición en Irlanda. Cuando Hampden fué condenado, dijo que dicho fallo había sido lo mejor que en toda su vida habían hecho los juristas en beneficio de la Corona. «Pero, añadió, mientras no se conceda al rey el derecho de organizar un ejército nacional en caso necesario, el poder de la Corona en Inglaterra descansa en un solo pie.» Indudablemente tenía razón, pues una monarquía que por sí sola tuviera el derecho de imponer contribuciones y de mandar un ejército permanente, era sin duda omnipotente, aunque continuara usando el nombre de gobierno parlamentario. Este hombre que en tan poco aprecio tenía á sus semejantes, aunque no contaba con el completo apoyo de Carlos I, aunque se veía combatido por varios cortesanos y siendo considerado como traidor por sus antiguos compañeros, todavía continuaba con la vista fija en sus fines: llevar á Inglaterra el despotismo que había implantado en Irlanda. Pero vinieron sucesos que conmovieron y trastornaron los fundamentos del gobierno, y dieron expansión á las fuerzas comprimidas del espíritu inglés.

IV. – LAS REVUELTAS EN ESCOCIA Y EL PARLAMENTO CORTO

El golpe inesperado contra el poder sin límites de la monarquía inglesa tuvo su origen en Escocia, reino hereditario de los Estuardos (1). El pequeño y enérgico pueblo de los escoceses contenía elementos que necesitaban una gran habilidad para manejarlos, si no se quería que se hiciesen peligrosos. Una nobleza rica y orgullosa había luchado largo tiempo con la monarquía para ver quién alcanzaba la dominación; el clero, perteneciente á la escuela de los Knox y de los Melville, calvinista acérrimo y valeroso, tenía gran influencia sobre las masas. Con el triunfo de la Reforma se había apoderado de los ánimos aquel espíritu severo y grave que se manifestó bajo la forma del presbiterianismo. La organización de la Iglesia tenía carácter democrático, pues colocaba á los laicos al lado de los pastores, y ponía al fuerte y al débil bajo el mismo yugo. Con ayuda de la nobleza, que envidiaba al clero su importancia, se constituyó una especie de episcopado en la Iglesia escocesa. Cierto número de eclesiásticos poseedores de títulos y rentas de obispos tenían algunos privilegios que, sin embargo, eran muy inferiores á los de sus colegas ingleses. Con los dos arzobispados de San Andrés y de Glasgow se habían formado dos tribunales de la Comisión Suprema que eran órganos de la jurisdicción eclesiástica. También se aceptaron cinco artículos en la asamblea religiosa de Perth, que poco después fueron ratificados por el Parlamento en Edimburgo, en virtud de los cuales se introducían en la Iglesia escocesa algunos de los usos de la inglesa. A pesar de ellos, continuó esta Iglesia conservando sus principales caracteres, sus dogmas ginebrinos, sus ritos sin adornos, sus presbiterios, sínodos y asambleas generales, en los cuales trabajaban juntos los ancianos laicos y los eclesiásticos.

El pueblo escocés no hacía ningún misterio de su aversión á las novedades introducidas, despreciaba á los obispos y se burlaba de las nuevas ceremonias. Pero tardó en encontrarse en Escocia un hombre como William Laud. Este, apenas llegó á la cumbre del poder, cuando resolvió llevar al otro lado del Tweed la igualdad de las formas exteriores y «la belleza de la santidad.» En Inglaterra había logrado dominar á sus adversarios puritanos; en Irlanda le ayudó Went-

(1) Para este capítulo y las demás noticias de los sucesos en Escocia deben tenerse presentes los trabajos históricos y de historia religiosa de origen escocés. Como una de las mejores obras de consulta, que al mismo tiempo trata de los sucesos contemporáneos en Inglaterra, debe citarse: *The Letters and Journals of Robert Baillie*, 1637-52, 3 volúmenes, editada por David Laing en 1841. Baillie era miembro del Sínodo de Westminster, del que hablaremos luego: leyéndolo se oye á uno de los jefes del partido religioso presbiteriano. Respecto de la historia general de Escocia, debe recomendarse en primer lugar á Burton: *The history of Scotland from the invasion of Agricola to the revolution of* 1688, 8 tomos, 1867. Con gran copia de datos trata asimismo de los sucesos de Escocia David Masson, en su obra *The Life of John Milton*, 1859 1880, 6 tomos.

worth á llevar á cabo sus planes, y sólo faltaba llevar el mismo plan de unidad á Escocia. Jacobo I, que conocía el espíritu de su pueblo, había advertido á los anglicanos, poseídos de celo intempestivo, que no exigieran demasiado; Carlos I, que tenía toda su confianza en Laud, le dió plenos poderes. Cuando la coronación de Carlos I ya se habían disgustado los sentimientos religiosos del pueblo escocés por la contemplación del aparatoso ritual anglicano. En el Parlamento que se reunió poco después, encontró gran oposición la sola tentativa de pedir que se autorizara al rey para cambiar los trajes eclesiásticos. Hombres pertenecientes á la alta nobleza se pusieron al frente de la oposición, y entre los miembros laicos del consejo privado escocés había no pocos partidarios acérrimos del presbiterianismo. Carlos y Laud no desesperanzaron, sin embargo; establecieron un nuevo obispado en Edimburgo, se dió mayor participación en el gobierno á los dignatarios de la Iglesia, y la jurisdicción eclesiástica se montó de un modo análogo á la inglesa. Estos sucesos produjeron gran conmoción en el pueblo; la aristocracia, temiendo por las prerrogativas políticas y por la posesión de los bienes eclesiásticos de que se había apoderado, miraba con desconfianza los nuevos obispados; la clase media temía por la obra de sus padres, y los eclesiásticos excitaban el celo de los creyentes en reuniones secretas.

Aún faltaba el complemento á la obra de Laud. Un nuevo libro de las leyes canónicas, redactado por los obispos escoceses y examinado por Laud, establecía la supremacía del rey sobre la Iglesia, le daba el derecho exclusivo de reunir asambleas generales eclesiásticas, ensanchaba los poderes del episcopado é introducía varias modificaciones en las fórmulas del servicio divino. Estos cánones fueron impuestos en 1635 á la Iglesia escocesa, sin que ella los hubiese acordado ni siquiera aconsejado. Dos años después se publicó el nuevo libro de liturgia, del que se había dicho ya anticipadamente que era una obra «papista.» En efecto, las modificaciones que separaban esta liturgia de la anglicana, en vez de ser favorables á las tendencias del puritanismo, contenían, por el contrario, cosas que debían producirle aún peor efecto. Al clero en general se le obligó bajo penas severas á hacerse con ejemplares de este nuevo libro litúrgico, y siguiendo sus prescripciones, á que modificara el servicio divino, que hasta entonces carecía de ornamentación.

El nuevo ritual debía ponerse en práctica por primera vez en Edimburgo en 23 de julio de 1637. Los altos empleados del Estado y del clero, los representantes de las órdenes de caballería y de los gremios se reunieron en la iglesia de San Gil: apenas empezó el deán á leer en alta voz las primeras palabras de la liturgia, se promovió un tumulto indescriptible. Se oyeron gritos de que no se quería aguantar la «misa» del «servicio de Baal.» Las mujeres del pueblo eran las que gritaban más y arrojaron una silla á la cabeza del obispo de Edimburgo. La revuelta se extendió á toda la capital, á todo el país. El consejo privado de Escocia no tuvo poder suficiente para reprimirla; recibió protestas de todas partes, de la alta y pequeña nobleza, de los gremios y de los eclesiásticos; y entre los obispos, pocos fueron los que se atrevieron á introducir el nuevo ritual en sus catedrales.

Carlos I permaneció inflexible, decidido á no retroceder ni un solo paso; pero ya le habían arrebatado las riendas de la mano. Varios miembros del consejo privado hacían en silencio causa común con la oposición, la cual, por otra parte, recibió un firme apoyo en los representantes de la nobleza, de los hidalgos, de las ciudades y de los eclesiásticos, cuatro comités que se apoderaron de la administración del país, y apoyándose en el parecer de los primeros juristas trataron de justificar su proceder y pidieron que se aboliera la nueva liturgia y se procediese judicialmente contra los obispos. Como el rey, no sólo no indicaba que quisiera ceder, sino que, por el contrario, condenaba como crimen de alta traición las reuniones de los adversarios del episcopado y de la liturgia, el pueblo escocés procedió á una grandiosa manifestación, en la cual se obligó á defender hasta el último extremo el sistema presbiteriano. En una época anterior, cuando la iglesia reformada del país tuvo que luchar con los defensores del catolicismo, se había declarado de un modo solemne por medio de una profesión de fe nacional que se protegería la «verdadera religión» con dinero y sangre, y que se rechazaría con desprecio cualquiera modificación introducida «por cualquiera clase de papismo.» Este juramento, aprobado en su tiempo por el rey Jacobo, fué considerado como un «Covenant,» esto es, como una alianza de todos con todos y del conjunto con Dios. Ahora bien: como las últimas modificaciones fueron calificadas en seguida de «papistas,» se decidió renovar aquel solemne juramento, repitiendo la fórmula de 1580, que parecía hecha para las circustancias del momento.

Poseídas de inspiración religiosa se dirigieron todas las clases, en los primeros meses del año 1638, á firmar el Covenant. Principió este acto en la ciudad de Edimburgo, circularon copias por todo el país, y sólo en muy contados puntos fueron mal recibidas.

Al rey no le quedó más recurso que entrar en negociaciones que debían ser sólo aparentes. Envió, pues, al marqués de Hamilton á su reino del Norte para que calmara la agitación que dominaba en el país. Hamilton era de raza escocesa, pero había sido educado en Inglaterra; tenía grandes relaciones en la corte, era respetado por sus compatriotas, y estaba dotado de maneras tan simpáticas y de un carácter tan natural, que era el más á propósito para el papel de mediador. Pero sus fuerzas no alcanzaban á resolver el problema cuya solución se le había encargado (1). El mensaje que llevaba de parte del rey no podía satisfacer de ningún modo á los escoceses: Carlos I recordaba sus sentimientos protestantes, prometía introducir sólo con medidas prudentes el libro canónico y litúrgico,

(1) Completan la notable biografía de Hamilton por Burnet (nueva edición en 1852) los *Hamilton Papers*, publicados recientemente y que son cartas escogidas entre las del período de 1638-1650, copiadas por Samuel Rawson Gardiner en el castillo del duque de Hamilton y publicadas en 1880 en la colección de la Camden-Society.

y convenía en que se modificara la Comisión Suprema y se reuniera en tiempo determinado una asamblea eclesiástica y un Parlamento. Pero las instrucciones secretas de Hamilton eran muy distintas. «Soy de opinión, le escribe el rey, de que únicamente la fuerza puede reducir al pueblo á la obediencia. Vuestro cuidado debe ser, pues, dispersar las masas y apoderaros de los dos castillos de Edimburgo y de Stirling. Os doy plenos poderes para que halaguéis como queráis á los escoceses, haciéndoles esperar lo que les propondréis; pero no debéis consentir en la reunión del Parlamento ó de una asamblea eclesiástica hasta que abandonen el Covenant. Debéis entretenerlos mientras yo me preparo á dominarlos.» Precisamente lo que Carlos deseaba más, esto es, el abandono del Covenant, no se pudo obtener de los escoceses. Hamilton fué á Londres á buscar nuevas instrucciones; pero los resultados fueron tan poco satisfactorios como antes. Se aceptó con alegría la promesa de que se reuniría una asamblea general y el Parlamento, y se oyó con satisfacción que se limitaría el poder de los obispos y que se retiraría el libro canónico y litúrgico. Pero la tentativa de dar al Covenant una importancia menor no obtuvo resultado alguno.

El sínodo que se reunió en 21 de noviembre de 1638 bajo la presidencia del sabio Alejandro Henderson en la catedral de Glasgow tomó en seguida un carácter intransigente; se prescindió de la oposición de Hamilton y de la protesta del episcopado, y la asamblea se declaró competente para juzgar á los obispos; en consecuencia de lo cual abandonó Hamilton la sesión y declaró disuelto el sínodo como culpable de alta traición. El sínodo se negó á disolverse y se encontró apoyado en su resistencia, pues que un miembro del consejo privado, el influyente conde de Argyle, estaba á su lado. Sin más contemplaciones destituyó á los obispos, suprimió el episcopado, el libro canónico y litúrgico, la Comisión Suprema y los artículos de Perth, y restableció la iglesia presbiteriana en su pureza y rigorismo. El movimiento, como sucede generalmente, fué más allá de sus primitivos fines, pues no sólo las innovaciones de Carlos I, sino hasta las de su padre, fueron suprimidas.

Nunca había visto el rey su dignidad tan rebajada, y por lo tanto ardía en deseos de hacer sentir el peso de su poder á los rebeldes escoceses. Hamilton, irritado por el fracaso de su misión, le inducía á emplear la fuerza contra los «desvergonzados rebeldes,» y Laud y Wentworth creían de toda necesidad, para estar seguros de Inglaterra, que se apagara en seguida el fuego de la rebelión en el Norte, pues que ya varios síntomas indicaban que la nación inglesa favorecía con sus simpatías la atrevida tentativa del pueblo vecino. Los preparativos de Carlos encontraron en sus súbditos una mala voluntad asaz manifiesta, y si bien los eclesiásticos dominados por Laud fueron generosos y se sacó algo de los católicos disidentes, los ricos comerciantes de la City respondieron con mucha lentitud á las peticiones del rey. La alta nobleza, á la cual se exigió que siguiendo las costumbres feudales prestara los servicios á que estaba obligada, fué á reunirse en verdad bajo las banderas del rey, pero no en el número y con el entu-

La firma del Covenant en Edimburgo

siasmo que era de esperar. Dos de sus miembros, los lores Saye y Brooke, declararon que sólo el Parlamento podía obligarnos á prestar auxilios en dinero, y que sólo prestarían sus servicios personales en el caso de que se tratase de la defensa del reino. El cuerpo principal de las tropas estaba constituído por las milicias de los condados del Norte, cuya disciplina y armamento dejaban mucho que desear. Los escoceses por su parte obraban con energía, habiendo establecido un gobierno provisional en Edimburgo. La juventud del país acudía bajo sus banderas; Alejandro Leslie, valiente soldado, tomó el mando, y gran número de oficiales que como él habían servido bajo las banderas de Gustavo Adolfo de Suecia, regresaron con él á su patria, se apoderaron con gran facilidad de los castillos más importantes y vencieron á los realistas en el distrito de Aberdeen Los partidarios del Covenant dominaban todo el país y esperaban, confiados en la victoria, el ataque del rey.

Con sentimiento asistía el mundo protestante al espectáculo. Los teólogos suizos deploraban que «un rey evangélico combatiera contra sus fieles súbditos; que la cabeza atacara á su propio cuerpo en un tiempo en que Europa entera estaba entregada á la guerra, y en que los corderos de Cristo eran destrozados á más y mejor por los lobos (1).» Trataron de unir los partidos que luchaban; pero ya había decidido la cuestión la suerte de las armas. «La primera guerra de los obispos» concluyó con una derrota manifiesta del rey. Como las costas estaban bien vigiladas, las hazañas de la escuadra inglesa se redujeron á apresar un par de buques mercantes y á apoderarse de un par de islas. El ejército, compuesto de unos 23.000 hombres, se hallaba en la frontera; pero Leslie le cerraba con sus tropas el camino de Berwick á Edimburgo. Algunas correrías de los ingleses tuvieron mal éxito; en el campamento del rey crecían la confusión y la indisciplina, y los mismos cortesanos, que tanto se habían burlado de las «cabezas orejudas, rojas y peladas» de los partidarios del Covenant, empezaron á dudar del éxito de la expedición. Entretanto se habían establecido negociaciones, pues los mismos escoceses no querían llevar las cosas al extremo. En 18 de junio de 1639 se concluyó el tratado de Berwick cediendo el rey en todos los puntos principales, aunque se negó á reconocer la legalidad de los sucesos ocurridos últimamente. Prometió la reunión periódica de los sínodos y del Parlamento, éste con facultades para arreglar los asuntos políticos y religiosos. Como término más próximo de su reunión se señaló el mes de agosto. Los dos ejércitos debían ser licenciados y las conquistas hechas de una y otra parte debían ser devueltas.

Apenas se hubo concluído este tratado, cuando se presentaron nuevas complicaciones para su ejecución. Los escoceses glosaron de tal modo el acta, que disgustó mucho al rey. El monarca por su parte, si bien había aceptado sin protesta la supresión del episcopado, apenas hubo regresado á Whitehall, cuando

(1) «La Liga reformada en sus relaciones con Carlos de Inglaterra con Guillermo Laud, arobispo de Canterbury, y con los partidarios del Covenant (*Crónica de la historia de Suiza*, III 1878.)

aseguró á los obispos escoceses que había cedido «por el momento» y que haría de manera de remediarlo. Les prometió asistir á las dos asambleas escocesas y esperó la ocasión de volver á recobrar lo perdido por medios pacíficos, ayudando á confirmarle en tales intenciones el curso de los debates en el sínodo y en el Parlamento escocés. Contra su voluntad se cumplieron las decisiones de Glasgow, que él había considerado como revolucionarias. En vano trató el representante del rey de obtener, en lugar de los obispos destituídos y rechazados, otro elemento jerárquico que dependiera de la Corona, pues el Parlamento quería, por el contrario, obtener derechos extensos, cuya posesión pusiera al monarca en cierto modo bajo su dependencia.

Cuanto mayor era el número de las exigencias de los escoceses, tanto más firme era la resolución del monarca de oponerse á ellas. Pensó, pues, en una segunda guerra de los obispos; pero antes de aventurarse á ella, quiso tomar consejo de sus servidores más capaces. Mandó á Wentworth que fuera á Inglaterra, y Wentworth se presentó, aunque atacado por la gota, más animoso y enérgico que nunca y completamente decidido á que se acudiese de nuevo á las armas, pero convocando antes un Parlamento inglés. Apoyado en su experiencia de Irlanda, desconociendo los sentimientos del pueblo inglés, no vió ningún peligro en que se despertara aquel poder que había estado adormecido por espacio de diez años. Tenía la costumbre de no contar con la fuerza moral y considerarla vencida si había podido dominarla por un tiempo más ó menos largo. Laud y Hamilton fueron de su opinión, y el rey dió su consentimiento, por odioso que le fuera el recuerdo de las asambleas de Westminster. Tenía buenos motivos para creer que esta vez no le faltaría el apoyo del país, pues poseía pruebas de que los escoceses se habían aliado con Francia. Una carta de los partidarios del Covenant, dirigida á Luis XIII, había caído en su poder, y precisamente entonces era muy tirante la situación entre Francia é Inglaterra. La reina madre, enemiga declarada de Richelieu, había ido á refugiarse al lado de su hija en Whitehall, fortaleciendo la facción española en la corte. Una escuadra española había buscado refugio en las costas inglesas, aunque no pudo evitar su pérdida. Por otra parte, el cardenal ministro hizo prender al sobrino de Carlos I, el joven príncipe elector del Palatinado, mientras pasaba por territorio francés, para hacerse suyo el ejército sin jefe que había sido de Bernardo de Weimar. Bajo tales circunstancias, la alianza de los partidarios del Covenant con los franceses le pareció al rey doblemente culpable. Esperaba que con este descubrimiento haría profunda impresión y lograría inclinar el Parlamento inglés á grandes sacrificios.

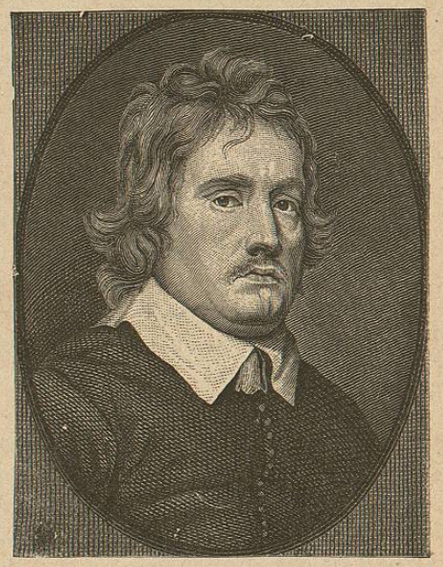
Para caminar, sin embargo, con completa seguridad, se previó el caso de que necesitara otro apoyo, prometiendo los individuos del consejo privado que por su parte harían todo lo posible por dársele. Se formó una lista en la que se suscribieron importantes cantidades, encabezándola el regente de Irlanda con 20.000 libras, y regresó en seguida á su gobierno, pero no ya como lord Went-

worth sino como conde de Strafford y con el título de lord-lugarteniente de Irlanda, para recoger auxilios á fin de hacer más factible la expedición. En pocas semanas consiguió su objeto; el parlamento irlandés le concedió cuatro subsidios y se declaró dispuesto á mayores sacrificios. Se puso sobre las armas un ejército de 8.000 hombres bien equipados para en caso necesario robustecer las tropas del rey. Strafford puso en juego toda su influencia, pues sabía lo que le iba en el lance. «Si nuestra obra fracasa, había escrito poco antes á uno de sus íntimos, todos seremos muy desgraciados.» Pero confiaba en el triunfo: «vergüenza para el que no tenga valor, había añadido; yo tengo demasiado.» En esta disposición de ánimo emprendió de nuevo el camino para ocupar en tiempo oportuno su sitio en la Cámara de los Lores.

En el intermedio se habían verificado las elecciones; después de un silencio de once años se vió de nuevo el país en disposición de hacer constar su voluntad, y mostró en seguida que nada había cambiado en este espacio de tiempo. La oposición se presentó con la misma fuerza, y hasta en los puntos en que el gobierno podía ejercer más influencia fué derrotado. El rey abrió, en 13 de abril de 1640, el Parlamento que es conocido en la historia con el nombre de «Parlamento corto.» A una breve alocución del monarca siguió un largo discurso del canciller, John Finch, que era el mismo que tan pobre papel había desempeñado como presidente de la última Cámara de los Comunes, y había contribuído activamente á la introducción del «dinero para buques.» El recuerdo de su pasado político le debía enajenar las simpatías de la mayor parte de sus oyentes, y asimismo lo que exponía no debía causar gran contento. La única concesión que se hacía por parte de la Corona era la declaración de que en lo sucesivo el cobro de los derechos de aduanas necesitaba ser regularizado por medio de un bill; pero por otra parte se exigía la pronta concesión de subsidios, y solo después, y no antes, se tomarían en consideración las peticiones que tuvieran por objeto el bien público, dando en garantía la palabra del «justo, devoto y bondadoso rey.» La necesidad de la guerra con los escoceses fué presentada como el objeto preferente de las discusiones. El descubrimiento de la alianza de los partidarios del Covenant con los franceses, y la lectura de la carta dirigida á Luis XIII, de la cual hacía poco se habían apoderado los agentes de rey, debían, según opinaba el gobierno, producir una profunda impresión en el ánimo de los patriotas ingleses; pero los escoceses eran considerados como aliados por los puritanos ingleses, y en Francia veían á la poderosa nación europea que luchaba contra la odiada España.

Los primeros grandes debates de la Cámara de los Comunes hicieron ver claramente al rey cuán equivocado había andado en sus juicios. Grimstone, uno de sus individuos, expuso en su discurso las distintas reclamaciones que de diversas partes del país se habían elevado acerca del «dinero para buques,» el monopolio, la Cámara Estrellada, la Comisión Suprema, etc., y declaró que el peligro que se dibujaba en el interior del reino no era menor que el que, según

el gobierno, amenazaba del exterior. Con energía expuso las infracciones de la «petición de derechos:» «la cosa pública, dijo, ha sido destrozada y estropeada de un modo ignominioso. La propiedad y la libertad han sido conculcadas. La Iglesia ha sido puesta en desorden; el Evangelio y los que le siguen son perseguidos; la nación entera está invadida por bandadas de roedores gusanos.» Nada dijo contra el rey, que según la teoría constitucional, «no puede hacer ningún entuerto;» pero habló de quien le había aconsejado y de cómo había podido suceder; y lo hizo, como buen puritano, por medio de una cita de la Biblia.



John Pym. Copia de una miniatura pintada en cobre por Finden

Mayor impresión aún produjo John Pym. Este hombre notable, indudablemente el más importante parlamentario de su época, era conocido hacía ya largo tiempo como uno de los jefes de la oposición (1); pero entonces obtuvo el primer lugar y lo conservó hasta su muerte. Pym había nacido en el año 1584 en el condado de Somerset. Su familia era acomodada y él adquirió una vasta instrucción en Oxford, se dedicó al estudio de las leyes, y habiendo ocupado una plaza en la tesorería, se familiarizó con los negocios económicos. Nombrado por primera vez miembro de la Cámara de los Comunes en 1614, fué reelegido en los demás Parlamentos, siendo temido por el partido de la corte y muy obsequiado por sus adversarios. Cuando hablaba, todo el mundo estaba pendiente de sus labios, y si sus discursos no iban animados del fuego apasionado que había mostrado Eliot en los debates, en cambio producían efecto por la claridad de la forma y lo concreto del contenido. Preparados cuidadosamente, ricos en hechos, llenos de particularidades que interesaban, se referían casi siempre á ideas que otros habían concebido ya, pero las expresaba mucho mejor y más claramente que cualquiera otro hubiese podido hacerlo. Pym había nacido con el arte de conducir los ánimos, y sabía aprovecharse de las cualidades y de los defectos de sus semejantes para acercarse al fin que se proponía. Poseyendo grandes ideas, pero experimentado al propio tiempo en todas las pequeñas intrigas de la práctica, astuto y valiente, activo hasta lo sumo é incansable, podía considerársele como el más terrible enemigo de la política dominante y de la

(1) Véase la biografía de Pym en los *Statesmen of the Commonwealth.*